**II Congreso Latinoamericano de Teoría Social y Teoría Política**

“Horizontes y dilemas del pensamiento contemporáneo en el sur global”

Buenos Aires, 2 al 4 de Agosto de 2017

MESA TEMÁTICA 7 Teoría social y economía: problemas clásicos, actualizaciones contemporáneas

Título de la ponencia: La prostitución como figura paradigmática para diagnosticar la Modernidad y el sexo-género de la economía.

María de las Nieves Puglia (CONICET-IDAES/UNSAM)

Resumen

En su análisis del dinero como forma de vinculación de relaciones sociales modernas, del estilo vital propio de la vida urbana marcada por las asociaciones anónimas entre elementos objetivos, Georg Simmel encuentra que en la esencia del dinero se experimenta algo de la esencia de la prostitución. Efectivamente, para el autor, la prostitución de las mujeres es un espacio ejemplar para analizar la despersonalización de las relaciones sociales en la modernidad, el intercambio de lo más íntimo y personal de las mujeres, su involucramiento en relaciones sexuales, por lo más impersonal de la vida objetiva, el dinero. En el presente trabajo no dedicaremos, en primer lugar, a analizar la transformación histórica de una forma de vida originaria en la Edad Media hacia la vida social en las grandes urbes modernas que construye Simmel en su obra. Nos serviremos de los cuatro ejes propuestos por Pablo de Marinis (2005, 2010, 2013) para leer el binomio comunidad-sociedad: como proceso histórico, como tipos ideales, como utopía y como semánticas culturales. Por último, retomando nuestro propósito de recuperar las nociones de mujer, prostitución y dinero que sirven a nuestro autor de puntos nodales para dar su interpretación de la Modernidad, intentaremos plantear los rudimentos de una propuesta para un quinto eje de análisis que dé cuenta del modo en que los diagnósticos de la economía moderna y sus relaciones están íntimamente entrelazadas con una interpretación particular de las relaciones entre sexo-géneros.

**La prostitución como figura paradigmática para diagnosticar la Modernidad y el sexo-género de la economía.**

**Introducción**

En su análisis del dinero como forma de vinculación de relaciones sociales modernas, del estilo vital propio de la vida urbana marcada por las asociaciones anónimas entre elementos objetivos, Georg Simmel encuentra que “… en la esencia del dinero se experimenta algo de la esencia de la prostitución” (Simmel, 1977: 466). Efectivamente, para el autor, la prostitución de las mujeres es un espacio ejemplar para analizar la despersonalización de las relaciones sociales, el intercambio de lo más íntimo y personal de las mujeres, su involucramiento en relaciones sexuales, por lo más impersonal de la vida objetiva, el dinero.

La particularidad de la prostitución es que ilustra la transformación histórica de un estilo vital subjetivo, donde reina la intimidad y personalización en los círculos pequeños de relaciones sociales, en un estilo vital objetivo, donde la diferenciación creciente de la vida y su consiguiente despersonalización precisan del dinero como forma de vinculación social. Es así que la prostitución revela la contradicción entre el carácter puramente personal del Yo que se observa en la “entrega sexual” de la mujer y la economía monetaria como forma de relación impersonal.

Este análisis de la transformación histórica previamente mencionada es posible, en este caso, por el desarrollo de una perspectiva de la mujer en tanto la persona que representa más fuertemente el mundo de la unidad vital originaria. La prostitución femenina le permite a Simmel ver en una relación particular, que es el intercambio de sexo por dinero entre un hombre y una mujer, la figura que condensa el cambio social del estilo vital de una unidad originaria íntima, subjetiva y personal a las asociaciones monetarias entre objetos autónomos despersonalizados.

En el presente trabajo no dedicaremos, en primer lugar, a analizar la transformación histórica de una forma de vida originaria en la Edad Media hacia la vida social en las grandes urbes modernas que construye Simmel en su obra. Nos serviremos de los cuatro ejes propuestos por Pablo de Marinis (2005, 2010, 2013) para leer el binomio comunidad-sociedad: como proceso histórico, como tipos ideales, como utopía y como semánticas culturales. Por último, retomando nuestro propósito de recuperar las nociones de mujer, prostitución y dinero que sirven a nuestro autor de puntos nodales para dar su interpretación de la Modernidad, intentaremos plantear los rudimentos de una propuesta para un quinto eje de análisis.

**De la comunidad a la sociedad: ejes de lectura.**

A partir de una revisión de la forma en que entendemos los clásicos, de la forma en que entendemos cómo los clásicos entendieron las grandes transformaciones de la Modernidad, autores como Axel Honneth entiende que existe una construcción dicotómica fundamental de la segunda generación de padres fundadores de la sociología: comunidad-sociedad (Honneth, 1999). Este dualismo conceptual se ha convertido en la columna vertebral del diagnóstico histórico del proceso de modernización social (Honneth, 1999) y encuentra en Ferdinand Tönnies su expresión más acabada y más científica en sentido sociológico -allí radica la novedad del pensamiento de este autor- (Álvaro, 2010). Las categorías, si bien parecieran ser miembros absolutamente diferentes y excluyentes de una dicotomía, admiten diferentes formas de articulación. No siempre las formas sociales excluyen formas comunitarias, como bien han demostrado De Marinis, Honneth y Álvaro, por lo que las formas en que estas dos categorías interactúan entre sí varía de pensador a pensador, pero se mantiene como el centro del aparato categorial en medio del proceso de institucionalización de la sociología como ciencia (De Marinis, 2005).

La polaridad que ha servido conceptualmente a una sociología incipiente no era ajena a interpretaciones comprometidas. Como establece Robert Nisbet, entre los hechos históricos y la creación de conceptos teóricos existe la ideología, lo que permite interpretar de ciertos modos esa relación (Nisbet, 2003). De este modo, encuentra entre conservadores y radicales diferentes diagnósticos acerca de las grandes transformaciones ocasionadas por las Revoluciones Industrial y Francesa. Sin embargo, al realizar una lectura del pensamiento de los clásicos, este autor evalúa que las miradas resultan predominantemente nostálgicas de un pasado comunitario de lazos sociales próximos, íntimos y naturales (Nisbet, 2003). Por una razón u otra, tanto conservadores como radicales encuentran que el pasado fue siempre mejor en relación a un presente que resulta desintegrador de las relaciones sociales.

Frente a esta interpretación, Pablo de Marinis propone que no todos los pensadores se encontraban tan incómodos en la Modernidad, ya que encontraban evidencias de otras formas de vida en común que, tal vez, no resultaran tan naturales, pero que debidamente encauzadas (y aquí el propósito político de la sociología), podrían fundar un nuevo orden social (de Marinis, 2005). Como explica Honneth, la tarea era explorar las nuevas posibles comunidades que pudieran encontrarse en la nueva era (Honneth, 1999). Incluso, hasta se han llegado a resaltar los beneficios de esta nueva sociedad: el crecimiento de la racionalidad, la productividad, la organización y, fundamentalmente, la libertad individual, frente a una comunidad que podía resultar un poco claustrofóbica. Resulta más factible decir que intentaron crear un lenguaje para hacer inteligibles las transformaciones sociales, pero identificando las amenazas y peligros que pudiera acarrear para encontrar formas de encauzar organizadamente el proceso (de Marinis, 2005).

La dicotomía comunidad-sociedad puede entenderse a través de 4 ejes centrales. El primero, como proceso histórico de transformación de las comunidades en sociedades con la llegada de la Modernidad. Aquí se hace hincapié en una referencia temporal hacia el pasado, donde cabe interrogar si la comunidad ha sido devorada (o no) por la sociedad. El segundo, como dos tipos ideales que intentan dar nombre y explicar las relaciones sociales. En este sentido, como bien sabemos a través de Weber (2008), los tipos ideales no son realidades históricas, sino que son herramientas conceptuales del discurso científico para ayudarnos a comprender en qué medida un hecho o acción se acerca o aleja de ese conjunto de características nucleadas y acentuadas en cada categoría. En tercer lugar, como utopía y en este sentido se refiere a la comunidad como un futuro antídoto para los males de la sociedad moderna, conceptualizados de diferentes formas según el pensador: la anomia (Durkheim), la pérdida de sentido (Weber), la despersonalización (Simmel), la alienación (Marx).

Existe un cuarto eje que tiene que ver con los problemas de traducción. Honneth ha puesto el ojo en las cargas que el ámbito lingüístico alemán le ha impreso a la idea de comunidad –Gemeinschaft- (Honneth, 1999). Siguiendo esta línea, de Marinis, entiende que el concepto es difícilmente traducible de un contexto cultural a otro, debido a que no se tienen en cuenta lo que él denomina las semánticas culturales dentro de la cuales se crea y circula (de Marinis, 2014). Efectivamente, si vamos a revisitar a los clásicos siguiendo tal dicotomía, debemos entender cuáles son los contenidos de las categorías y cómo varían entre los autores en relación a sus contextos.

El concepto de comunidad posee dos acepciones: la alemana y la anglosajona. Según Daniel Álvaro, ambas tienen en común la particularidad de que tienden a la unión, implican un estar juntos. En el contexto alemán, Gemeinschaft está asociada a elementos gregarios, de lazos afectivos fuertemente vinculados por la sangre y el suelo, e incluso irracionales. En el contexto anglosajón (especialmente en los Estados Unidos), la Community está conformada por individualidades (individualistas) que la preceden y que se unen voluntariosamente por contrato.

Efectivamente, la obra de Simmel, a pesar de que no utiliza explícitamente la dicotomía conceptual presentada, se vuelve susceptible de ser analizada a través de estos 4 ejes. En él, la evolución de la vida puede graficarse a través de las figuras de los círculos. La vida tiene contenidos que están ordenadas en un círculo cuyo centro es el Yo de modo tal que cuanto más cerca del centro las relaciones sociales conforman grupos más pequeños de estrechos vínculos sociales de carácter íntimo, personal y afectivo, que no permite la diferenciación de sus miembros en tanto que individualidades (Simmel, 1977; 1986). De ahí que Simmel se maneje claramente dentro de la acepción alemana de comunidad. En cambio, a medida que las formaciones sociales crecen en las grandes urbes, los vínculos sociales pierden estrechez, solidez y homogeneidad, ganando libertad, autonomía y diferenciación entre los individuos (Simmel, 1986; Torterola, 2012). El tránsito del centro a la periferia de esta figura que organiza los contenidos vitales es lo que más ilustradamente describe la evolución histórica de las relaciones sociales de la Edad Media hacia la Modernidad.

Para explicar el proceso, su construcción de conceptos adquiere un estatus fuertemente vitalista. Estas construcciones le permiten no solo la edificación de conceptos analíticos de carácter científico, sino que también poseen un alto nivel descriptivo. La unidad vital originaria fuertemente subjetiva y personalizada y basada en una economía natural, donde la relación entre señores feudales y vasallos era de carácter estrecho e íntimo, se transforma en relaciones objetivas entre capitalistas y trabajadores, donde las personas ya no se reconocen como personas sino en función de su lugar en el sistema de producción capitalista (Simmel, 1986; 1977). Siguiendo a Marx, las relaciones sociales entre sujetos se convierten en relaciones sociales entre objetos. En este proceso de atomización e individualización, los hombres encuentran una novedosa autonomía, pero una renovada dependencia debido a la necesidad mutua que inaugura la división del trabajo social. En este sentido, si los hombres son libres, autónomos y se valen en tanto individuos, ¿cuál es el elemento que permite la interrelación de estos miembros que parecieran no deberse nada unos a otros? He aquí el rol fundamental del dinero en la teoría de Simmel, el objeto más despersonalizado para las relaciones más despersonalizadas.

El involucramiento total o parcial del Yo en las relaciones sociales resulta un punto problemático en Simmel. Con la aparición de la vida social en las grandes urbes, la persona ya no se relaciona en tanto totalidad con los otros, ya no se involucra totalmente en el vínculo social. En la vida comunitaria nos damos por entero al otro porque se trata de una vida de sentimiento, pero con la descoloración que trae la vida de las asociaciones modernas, no solemos dar ninguna otra cosa de nosotros mismos a los demás que no sea el dinero en tanto instancia abstracta, objetiva, impersonal y universal.

La crítica de la vida moderna se trata de una problematización de la despersonificación de las relaciones sociales y su carencia de espíritu. Sin embargo, no se movilizan en función de un dispositivo utópico, no apela a pensar antídotos a su presente. Esto se debe a que este proceso tiene una doble cara, implica pérdida de la subjetividad pero, a la vez, significa adquirir libertad y autonomía. Existe una compensación entre lo que se pierde y lo que se gana. Por esta razón, su batería de conceptos no funciona como dicotomías o tipos ideales a la Weber, sino como movimientos de acercamiento y alejamiento del centro a la periferia con formas de asociación en un lugar como en otro. Las formas comunales de vivir son reemplazadas por una proliferación de grupos sociales intermedios propios de la metrópolis –por ejemplo, la masa- (Toterola, 2012).

Ahora bien, este doble proceso de despersonalización e individualización de los sujetos viene acompañado de una nueva forma de asociar a las personas, un elemento privilegiado que servirá para poner en relación a los hombres. El dinero se convierte en el mediador adecuado de la relación entre los seres humanos en tanto seres no personales, en tanto trabajadores y capitalistas, ya que como estos, se trata de un elemento objetivo, abstracto y que permite conectar sin afectos a individuos en la fugacidad de un intercambio.

**Dinero y prostitución. Hacia una propuesta de eje de lectura.**

Hemos visto que el dinero es la condición de posibilidad de la pluralización de nuevas relaciones sociales. Es la instancia que funda sociabilidad en un nuevo contexto histórico que parece desintegrar las personalidades, pero integrar objetos bajo los cuales aparecen los viejos sujetos. Simmel establece que “en la esencia del dinero se experimenta algo de la esencia de la prostitución” (Simmel, 1977: 466). Efectivamente, es la prostitución la figura que condensa el proceso por el cual las formas vitales originarias comunitarias profundamente personales han pasado a formas sociales despersonalizadas y objetivadas. El intercambio de sexo por dinero resulta la analogía privilegiada para entender la forma en que el ser humano deja de ser un fin en sí mismo para convertirse en un medio, siguiendo la lectura que Simmel tiene de Kant. De este modo, la presencia del dinero en la prostitución mostraría que el intercambio convierte a la mujer en un objeto.

Para Simmel resulta degradante que una mujer entregue lo que él considera más íntimo y más personal, y que además debiera encontrar su contraparte en una entrega igualmente personal por parte del hombre, en el intercambio de prostitución. Resulta que, en cambio, la mujer se encuentra frente a una desproporción, pues se entrega entera cuando solo recibe dinero a cambio. Es decir, entrega su más profunda subjetividad (asociada al término de intimidad) mientras recibe objetividad (la instancia más abstracta y objetiva posible). A cambio de algo que no tiene igual, debido a su carácter íntimo recibe el equivalente universal (Simmel, 1977). Hemos llegado a un punto en el que cabría preguntarse cómo es posible que la entrega sexual de la mujer involucre su totalidad, de manera tal que todo su Yo se encuentre participando completamente del encuentro, cómo es posible que ella se entregue totalmente. Pero, además, ¿por qué Simmel no afirma lo mismo para los varones?

Nos hemos encontrado aquí con un momento estructurante de la teoría de nuestro pensador y que creemos puede condensarse en un quinto eje de lectura de su obra: la relación entre los sexos. Esta relación no resulta un mero dato, sino un elemento articulador de las reflexiones en torno al proceso de despersonalización y la economía monetaria que precisa de la presencia de individuos libres. Para esto debemos ahondar un poco más en la concepción sobre mujeres y varones y cómo tal relación se articula con el proceso histórico y con los conceptos que ocupan a Simmel.

Para Simmel el dinero no es algo necesariamente malo, por el contrario “[…] es el ejemplo más claro del hecho de que también las diferencias y las enemistades más radicales en el mundo de los seres humanos dejan sitio para igualdades y comunidades” (Simmel, 1977: 629) en tanto conecta individuos, aunque sea como objetos y cantidades. Ahora bien, podríamos preguntarnos por qué si el dinero es un igualador y permite asociaciones nuevas en la Modernidad, para las mujeres resulta una instancia de degradación de su persona. Esto se articula perfectamente con la teoría ilustrada a través de los círculos: en el centro del círculo encontramos un estilo vital de vínculos estrechos e íntimos propios de las comunidades originarias, mientras que en la periferia se produce un alejamiento de los afectos y sentimientos que tenían las relaciones, individualizando a los elementos de la sociedad. En este movimiento, no solo pasamos de una forma vital a otra, sino que además éstas tienen una estricta comunicación con los sexos y de ahí que un nuevo eje de análisis adquiere cierta relevancia.

En efecto, los únicos capaces de no dar absolutamente nada de sí mismos en el intercambio más allá del dinero son los varones, mientras que:

“la esencia de la mujer […] vive mucho más bajo el signo del todo o nada, sus inclinaciones y aficiones forman asociaciones más estrechas, por lo que a ellas les resulta más fácil que a los hombres manifestar en un punto el conjunto de la esencia, con todos sus sentimientos, voliciones y pensamientos” (Simmel, 1977: 468).

Esto se debe a lo que Simmel llama, en su ensayo sobre la cultura femenina, el carácter unitario de la mujer (1934). De modo tal que cuando la mujer se involucra en actividades lo hace desde la totalidad de su personalidad, sea en la Edad Media como en la Modernidad. Por eso, el intercambio de su entrega sexual por dinero resulta inadecuado. Esta ontología diferencial, en la que la feminidad está asociada a lo subjetivo y la masculinidad, a lo objetivo, está apoyada en una observación de tipo empírica. El hombre no ve involucrada su personalidad en la división del trabajo porque la actividad que lleva adelante es tan especializada, diferenciada y objetiva que está completamente separada de su vida personal y privada (Simmel, 1934). Tiene una distancia de objetividad con su trabajo (muy parecida a la idea de fetichización de la mercancía en Marx). La mujer no puede decir lo mismo, pues no participaba del mismo modo del proceso de producción en la época en que escribe Simmel.

Como explica Raquel Osborne, Simmel establece que la naturaleza femenina es inadecuada para participar del universo de los objetos, fundamentalmente porque la cultura objetiva fue creada por varones. Nuestro autor reconoce que la cultura es masculina y que la mujer estaría intentando actuar en un espacio no solo dominado, sino creado por el hombre. Entonces, cuando el hombre actúa, lo hace de forma mediada, creando cultura, mientras que la mujer lo hace de forma inmediata, poniendo en juego su esencia en cada relación (Osborne, 1987). En este sentido, Osborne asegura que nuestro pensador muestra algunos rudimentos feministas, en el sentido de reconocer la dominación masculina. No obstante, la denuncia queda en la crítica de la jerarquización valorativa de hombres por sobre mujeres (Osborne, 1987), pero podríamos afirmar que tiende a afianzar tal desigualdad cuando analiza la prostitución.

En definitiva, según el propio Simmel, la mujer estaría más cerca del centro de la esfera que nos dibuja y el varón, en la periferia. Existe una correspondencia fuerte entre el centro del círculo vital correspondiente a formas comunitarias de vivir en conjunto con la esencia femenina asociada a los afectivos y los sentimientos, y la periferia de este espacio que vincula a los humanos a través del interés calculador y racional en el dinero y la esencia masculina que es predominantemente objetiva. Transformaciones históricas, formas de sociabilidad y sexos están entrelazados en la teoría simmeliana.

Esta distinción de sexos suena conocida, pues también podemos encontrarla en otros autores de la sociología clásica. Es por esto que parece coherente tomar la dimensión de sexo-género como una arista de análisis adicional a las propuestas, y que atraviesa el análisis de los clásicos. Ya hemos visto en Simmel, pero también en Marx vemos que la mujer tiene un rol fundamental en la Modernidad, habiéndose convertido en un instrumento del modo de producción capitalista (Marx, 2001). Incluso, para el autor, el dinero es la “prostituta universal” porque permite relacionar a los hombres no bajo sus cualidades individuales, sino en tanto objetos (Marx, 1997).

Habría que considerar cuáles son los alcances de esta nueva dimensión de lectura de los clásicos, que se transparenta cuando uno se da a la tarea de leerlos y releerlos. Cabría preguntarse a qué autores alcanza y en qué medidas es un eje estructurante de sus interpretaciones. Efectivamente, no lo encontramos de forma cristalina en todos ellos, pero hay indicadores persistentes. Tomemos el ejemplo de Ferdinand Tönnies, en el que la dicotomía sexual biologicista y naturalizada de hombre-mujer funciona identificando la dualidad comunidad-sociedad. Según Pablo de Marinis, la comunidad está asociada a lo femenino en tanto representa lo natural, la sensibilidad, las emociones propias del ámbito privado del hogar rural donde se cría a los hijos y se cultivan las artes. En cambio, la sociedad resulta masculina. Sociedad y hombre están asociados a la frialdad del cálculo racional del espacio público, lugar de la ciencia y de la vida urbana (Tönnies, 1947; de Marinis, 2010). Entonces, existe una relación entre las formas que toman los vínculos sociales y los significados asociados a cada sexo.

Podríamos hacer una crítica de orden feminista sobre la concepción que sostienen los clásicos sobre las relaciones de género. Sin embargo, vale la pena recuperar una cuestión fundamental. Si la cultura y la economía monetaria es dominio masculino, tiene sentido que las investigaciones que sostienen una concepción subjetiva del dinero y la economía (intentando discutir con la teoría objetiva del valor de Marx y la economía clásica) encuentren a las mujeres como agentes privilegiadas de la relación entre economía y afectos cristalizada en las formas de usar, clasificar, dividir y gestionar el dinero. Así lo han demostrado los estudios que han encontrado en sus campos a la mujer como principal beneficiaria y administradora de las transferencias condicionadas del Estado –AUH en Argentina, Bolsa Familia en Brasil, etc.- (Hornes, 2014), como bastión de resistencia del proceso de mercantilización del cuerpo e impulsadora de nuevos sentidos, emociones y sentimientos asociados a los intercambios económicos-corporales en el alquiler de vientres (Moreno, 2015), en la prostitución (Morcillo, 2012), dentro de un marco de estudios sociales de la economía que buscan recuperar las dimensiones íntimas, afectivas y afectadas que agrietan los intercambios que aparentan ser meramente racionales (Wilkis, 2013; Figueiro, 2013 a y b; Zelizer, 2009 y 2011). Aquí tenemos una clave que merece un desarrollo ulterior.

**Reflexiones finales**

La concepción sobre la vida humana en Simmel adquiere un carácter evolucionista. La vida se mueve en círculos desde la estrechez e intimidad de su colorido centro hacia la libertad del individuo para asociarse a los grupos sociales a su antojo en una periferia descolorida. De ningún modo este movimiento implica dejar atrás las formas originarias de vida relacionadas con la acepción alemana de comunidad para pasar a las formas de vida en las grandes urbes. No constituyen formas de asociación excluyentes. Por el contrario, en Simmel no solo encontramos un lenguaje muy diferente al resto de los clásicos para hacer nombrar los procesos sociales producidos por las dos grandes revoluciones (Industrial y Francesa), sino que los humanos tienden a generar formas novedosas de sociabilidad. Pero no solo no encontramos una mirada nostálgica, ni un diagnóstico tan dilapidario de la Modernidad y la desintegración de viejos vínculos sociales, sino que además hay recompensa. Mientras los miembros de la comunidad originaria sostienen vínculos tan íntimos, la separación de los individuos en las ciudades modernas les permite manejarse en un espacio menos opresivo y saturado, ganando libertad e independencia de relaciones sociales en las que ya no involucran sus sentimientos.

Así como no hay una correlación necesariamente histórica entre las dos formas de vida, tampoco implica pensar, como en Tönnies, las comunidades son dispositivos que deben reanudarse para reactivar los vínculos sociales. Por el contrario, la novedosa autonomía individual permite que los humanos puedan relacionarse a través del dinero, elemento adecuado para una vida que ha pasado por un proceso de objetivación.

Ahora bien, en este movimiento conceptual, histórico, crítico y semántico tan particular en relación a sus colegas, podríamos considerar agregar otro referente al sexo-género (que también podemos encontrar en otros clásicos, como esbozamos anteriormente). Las formas de vida históricamente situadas (aunque no exclusivas de una época u otra) se identifican con uno de los sexos concebidos biológicamente, de manera tal que la mujer pertenece a la esfera originaria de lo afectivo, sentimental y personal; mientras que el hombre está asociado a las relaciones frías y racionales unidas por el interés en el dinero. Mientras la mujer es color, el hombre es decoloración. La prostitución resulta una figura paradojal fundamental para entender la forma en que dinero y relaciones personales, que pertenecen a espacios distintos dentro del círculo, no deberían mezclarse, pues el dinero es el medio de intercambio de los objetos y no de los sujetos. Sin embargo, la prostitución resulta ejemplar no solo en ese sentido, sino además para demostrar que en Simmel, a pesar de la inadecuación entre moneda e intimidad, la convivencia y articulación entre ambas persisten bajo formas particulares de sociabilidad como constituyen los mismos intercambios de sexo por dinero.

**Bibliografía**

Álvaro, Daniel: “Los conceptos de ‘comunidad’ y ‘sociedad’ de Ferdinand Tönnies”. En: Papeles del CEIC, marzo de 2010. http://www.identidadcolectiva.es/pdf/52.pdf

de Marinis, Pablo: “16 comentarios sobre la(s) sociología(s) y la(s) comunidad(es)”. En: Papeles del CEIC, Nº 15, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, España, enero de 2005, <http://www.identidadcolectiva.es/pdf/15.pdf>

de Marinis, Pablo: “Sociología clásica y comunidad: entre la nostalgia y la utopía (un recorrido por algunos textos de Ferdinand Tönnies)”. En: de Marinis, Pablo; Gatti, Gabriel; Irazuzta, Ignacio (eds.): *La comunidad como pretexto. En torno al (re)surgimiento de las solidaridades comunitarias*. Editorial Anthropos y Universidad Autónoma MetropolitanaIztapalapa, Barcelona y México DF, 2010 (347-382).

de Marinis, Pablo: “Gemeinschaft, community, comunidad: algunas reflexiones preliminares acerca de las variadas semánticas de la comunidad en la teoría sociológica”. En: Revista Argentina de Ciencia Política, Nº 16, 2013 (87-104).

Figueiro, Pablo: “Dinero y modernidad en Simmel: De la ‘comunidad vital’ a las ‘comunidades gramentarias’”. En: Papeles de Trabajo de IDAES, Año 7, Nº 12, 2º semestre de 2013a.

Figueiro, Pablo: *Lógicas sociales del consumo: el gasto improductivo en un asentamiento bonaerense*. San Martín, UNSAM Edita, 2013b.

Honneth, Axel: “Comunidad: esbozo de una historia conceptual”. En: Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política. Nº 20, 1999 (5-15).

Hornes, Martín: “Transferencias condicionadas y sentidos plurales: el dinero estatal en la economía de los hogares argentino”. En: Antípoda, Nº 18, pp. 61-83, enero-abril de 2014.

Marx, Karl: *Manuscritos*. Barcelona, Atlaya, 1997. Tercer Manuscrito (XLI).

Marx, Karl; Engels, Frederich: *Manifiesto Comunista*. Buenos Aires, Ediciones Clásicas, 2001.

Morcillo, Santiago: “De cómo vender sexo y no morir en el intento. Fronteras encarnadas y tácticas de quienes trabajan en el mercado sexual”. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad. Nº 7, 2012 (17-28).

Moreno, Guadalupe: “Código Civil y úteros en el mercado. La disputa por la legalización del ‘alquiler de vientres’ en Argentina”. En: Papeles de Trabajo, 9 (15), pp. 150-168, 2015.

Nisbet, Robert: *La formación del pensamiento sociológico*. Buenos Aires, Amorrortu, 2003.

Osborne, Raquel: “Simmel y ‘La cultura femenina’ (las múltiples lecturas de unos viejos textos)”. En Reis: Revista española de investigaciones sociológicas, Nº 40, 1987.

Simmel, Georg: *Filosofía del dinero*. Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1977.

Simmel, Georg: “Las grandes urbes y la vida del espíritu”. En: *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona, Península, 1986.

Simmel, Georg: *Cultura femenina y otros ensayos*. Revista de Occidente, Madrid, 1934.

Tönnies, Ferdinand: *Comunidad y sociedad*. Losada, Buenos Aires, 1947.

Torterola, Emiliano: “Lazo social y metrópolis. La comunidad en los orígenes de la sociología urbana: Georg Simmel y Robert E. Park”, en Pablo de Marinis (coord.): Comunidad: estudios de teoría sociológica. Buenos Aires, Prometeo, 2012 (109-140)

Weber, Max: *Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva*. Fondo de Cultura Económica, México, 2008.

Wilkis, Ariel*: Las sospechas del dinero*. Buenos Aires, Paidós, 2013.

Zelizer, Viviana: *La negociación de la intimidad*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.

Zelizer, Viviana: *El significado social del dinero*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2011.